

Ciudadanía y elecciones en el Uruguay contemporáneo (2009-2010)

Citizenship and elections in contemporary Uruguay (2009-2010)

Gerardo Caetano

Gerardo Caetano es Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata y se desempeña en el Instituto de Ciencia Política, Universidad de la República y en el Centro de Formación para la Integración Regional (CEFIR), Montevideo, Uruguay.
E-mail: gcaetano50@gmail.com

resumen

Se busca fundamentar la pertinencia de un abordaje más centrado en las miradas articuladas de la Historia política y de la Ciencia Política como claves de interpretación del ciclo electoral 2009-2010 en el Uruguay. Se argumenta en particular acerca de la centralidad del cambio ciudadano en tanto elemento decisivo en los desenlaces y trayectorias del proceso. En esa dirección analítica, se abordan los siguientes temas: i) el señalamiento de algunas implicaciones de la inscripción de los itinerarios electorales del bienio pasado como parte de un cambio profundo y extenso en el modelo de ciudadanía; ii) la presentación de algunas reflexiones relativas a criterios explicativos y pautas narrativas sobre el comportamiento del electorado uruguayo en el proceso finalizado; iii) la identificación de algunas peculiaridades y semejanzas del caso uruguayo en relación a la actualidad del panorama político en América latina; iv) el señalamiento de algunos retos importantes que deja el ciclo electoral culminado en la política uruguaya de cara a los años venideros.

palabras clave

Uruguay / elecciones / ciudadanía / democracia / América latina

summary

The aim is to establish the basis to support the relevance of a more focused approach of the different viewpoints concerning Political History and Political Science as the clues for an interpretation of the 2009-2010 electoral cycle in Uruguay. The changes in citizenship are particularly discussed as a critical factor for the process. The following topics are considered from an analytical perspective: (i) the importance of some electoral behaviours during the past biennium as part of a deep change in the citizenship model; (ii) the presentation of some ideas about the explanatory criteria and narrative guidelines regarding the behaviour of the Uruguayan electorate during the said period; (iii) the identification of some peculiarities and similarities of the Uruguayan case in relation to the current political Latin-American panorama; (iv) the pointing out of some important challenges that were met during the last electoral period in Uruguay facing the coming years.

keywords

Uruguay elections / citizenship / democracy / Latin America

La democracia uruguaya también está mutando. Más allá de sus peculiaridades –algunas de ellas intensas– con relación al resto de los sistemas políticos latinoamericanos, también ella participa, a su modo y en sus tiempos, de ese proceso de “*cambio político en la fragmentación*” (Caetano, 2010) que caracteriza la coyuntura actual que vive la gran mayoría de las democracias del continente. Pese a las resistencias de su potente matriz tradicional, la democracia uruguaya no resulta ajena de ese gran “giro de época” que signa las transformaciones profundas en el “hacer” y en el “pensar” la política que se perciben a escala global y regional. Para registrar con precisión esos cambios, para superar las opacidades y distorsiones que provoca la persistencia de “formatos” que indicarían mera continuidad, se vuelven más necesarios que nunca prismas analíticos más radicales, indagatorias más profundas en sus alcances interpretativos y más exigentes en su heurística. La focalización del análisis en el terreno de las prácticas y del debate de ideas que caracterizan los perfiles más significativos del modelo ciudadano predominante en el país habilita a nuestro juicio un programa de investigación con esa radicalidad.

En ese marco de análisis más general, en el texto que sigue se busca fundamentar la pertinencia de un abordaje más centrado en las miradas articuladas de la Historia política y de la Ciencia Política como claves de interpretación especialmente rendidoras –no por ello exclusivas o excluyentes– a la hora de narrar y explicar algunos de los aspectos más salientes del ciclo electoral 2009-2010 en el Uruguay. Por razones de espacio y oportunidad, no se analizará en forma expresa el cuadro global de los resultados verificados en las distintas instancias del ciclo electoral, remitiéndonos en ese plano a las gráficas y cuadros presentados. En cambio, se argumentará sobre la centralidad del tema de ese cambio ciudadano antes mencionado en tanto elemento decisivo en los desenlaces y trayectorias del proceso, enfatizándose así en las dimensiones más propiamente políticas del mismo.

En esa dirección analítica, se abordarán los siguientes temas: i) el señalamiento de algunas implicaciones de la inscripción de los itinerarios electorales del bienio pasado como parte de un cambio más profundo y extenso en el modelo de ciudadanía predominante en el Uruguay contemporáneo; ii) la presentación de algunas reflexiones surgidas a propósito de la indagatoria acerca de distintos criterios explicativos y pautas narrativas en torno al comportamiento del electorado uruguayo en el proceso finalizado; iii) la identificación de algunas peculiaridades y semejanzas del caso uruguayo en relación a la actualidad del panorama político en América latina, a partir de ciertos datos y referencias sobre los giros de la opinión pública en el continente, presentados por los Informes del Latinobarómetro en los últimos años; iv) el destaque de breves reflexiones a propósito de algunos de los retos más señalados que deja el ciclo electoral culminado en la política uruguaya de cara a los años venideros.

1. Electorado y ciudadanía en el Uruguay contemporáneo: giros e itinerarios de un cambio profundo

Como hemos anotado en textos anteriores publicados en los últimos años (Caetano, 2007a; 2007b; 2008a; 2009), en toda la coyuntura que convergía en el ciclo

electoral 2009-2010 se jugaban en nuestra perspectiva de análisis varios “*pleitos*” de primera importancia para el sistema político uruguayo. Muchos de ellos hacen referencia –a nuestro juicio– a la evaluación de cambios y transformaciones que pueden verificarse en el nivel más profundo de las prácticas y modelos de ciudadanía predominantes en el sistema político. Este prisma analítico, que desde diversas perspectivas y contenidos resulta válido para interpelar la actualidad política de muchos de los países latinoamericanos, desde nuestra mirada se vuelve especialmente rico en el caso de una política como la uruguaya, tradicionalmente muy institucionalizada y estructurada en torno a ciertas pautas ciudadanas que se han revelado sólidas y muy resistentes a lo largo del tiempo. En el marco global de un “*cambio de época*” en el que en el mundo y en la región se han producido mutaciones muy fuertes en el campo de la política democrática, nuestra primera hipótesis de trabajo apuntaba a la idea de que el proceso electoral 2009-2010 configuraba un valioso “*test*” para explorar la situación actual de muchos de estos temas entre los uruguayos contemporáneos.

A la hora del balance, luego de finalizado el proceso electoral, en verdad surgen muchas evidencias que se orientan a la confirmación de dicha hipótesis. Como se verá en detalle más adelante, muchos de los comportamientos verificados en cada uno de los cuatro pronunciamientos comiciales del ciclo 2009-2010 tienden a confirmar la acción del electorado como el escenario principal –aunque no el único– de ese cambio profundo de ciudadanía en el Uruguay contemporáneo. Esto supone, entre otras cosas, el registro de una dinámica de “cambio en la continuidad”: como en tantas otras coyunturas decisivas de la historia nacional, el ciudadano uruguayo sigue prefiriendo expresarse sobre todo como elector, la ciudadanía deviene antes que nada en electorado y las principales señales de cambio político se proyectan a nivel del itinerario de los pronunciamientos cívicos en las elecciones, no sólo en términos de resultados sino también de prácticas. Alguien podría decir que esto puede resultar una obviedad en una democracia, pero el señalamiento destacado de este rasgo no es nada trivial a la hora de inscribir y comparar a la política uruguaya en el contexto actual de las democracias latinoamericanas: la forma en que, pese a todos los vaivenes de los últimos años, en la cultura política uruguaya se persiste en la idea y en la práctica de dirimir los pleitos fundamentales en las urnas, no ha dejado de constituir una singularidad en el continente.¹

Este último señalamiento no implica en modo alguno reivindicar desde el análisis la vieja vocación “*isleña*” uruguaya ni sus proclividades por enfatizar siempre el “*excepcionalismo*” de sus formas políticas. Como se ha dicho, también a la ciudadanía uruguaya le resulta difícil sentirse hoy ajena a ciertos fenómenos registrados en otros países del continente. Aunque con sus tiempos y sus maneras, en la sociedad uruguaya también se producen fenómenos que refieren a procesos de cambio profundo, identificados con temas y enunciados que autores latinoamericanos (Cheresky, 2006; 2007; 2008) han caracterizado como la emergencia de “*democracias diferentes*”, “*ciudadanías atomizadas y constantes*”, “*partidos y movimientos de nuevo cuño*”, “*elecciones como promotoras de constitución de escenas con inducción de identidades*”, entre otros fenómenos que podrían citarse. Lo singular

en el caso uruguayo apunta a que esos cambios se tramitan en el país dentro de un formato general signado por ciertas resistencias y sobrevivencias de la vieja matriz de la política uruguaya, con sus clásicos contornos sobrevivientes –aunque también desafiados o por lo menos contestados– de *“republicanismo liberal”*, *“centralidad de los partidos”* y *“rechazo a las implantaciones populistas netas”*.

Aunque en varios sentidos sobrevive la vieja fórmula del *“vino nuevo en odre viejo”*, ya no resulta persuasiva ni fundada en términos empíricos ni analíticos la asociación de ese rasgo con la visión de una política *“casi inmovilizada”* tras la fuerza estructuradora de sus instituciones y actores, *“que no cambia”* y que permanece incólume, básicamente adscripta al contorno fundamental de sus viejas raíces, refractaria ante la eventual irrupción de transformaciones profundas en el campo de las ideas y prácticas ciudadanas predominantes. Desde un país que como el Uruguay suele disimular sus propias transformaciones, la insuficiencia de esas miradas, obsesionadas por la continuidad y poco sensibles ante la emergencia de lo nuevo y del conflicto, se vuelve sin embargo cada vez más visible a la luz del registro de fenómenos políticos como los que se concentraron en el ciclo electoral 2009-2010.

¿Cuáles podrían ser algunos de los ejes de interpelación más efectivos para el registro de esas nuevas pautas ciudadanas, expresadas en su vigencia incremental por múltiples procesos transcurridos en el cuarto de siglo que siguió a la dictadura y que aparecen a nuestro juicio ratificadas por acontecimientos verificados en el proceso electoral pasado?

Repasemos algunos factores de los más evidentes, dentro de una lista por cierto más extensa:

i) se han sucedido en las últimas décadas cambios profundos en la identidad y en la vida cotidiana de todos los partidos políticos uruguayos, tanto en lo que tiene que ver con sus modelos organizativos como en sus pautas de funcionamiento, sus mapas sectoriales internos, sus propuestas ideológicas y sus comportamientos electorales²;

ii) del mismo modo, ha ido variando –en forma progresiva pero firme– la ecuación global del sistema de partidos a nivel de sus interrelaciones más generales, la que amagó consolidarse en el formato de un anunciado *“nuevo bipartidismo”* (que se compondría de manera perdurable en torno a la dialéctica predominante a partir del 2004 entre el Frente Amplio y el P. Nacional), pronóstico que los resultados del último bienio parecen problematizar e incluso interpelar en su vigencia de cara a los desafíos que se atisban para los próximos años (De Armas, 2009);

iii) la reiteración de la apelación práctica a los instrumentos de democracia directa en el período que siguió al fin de la dictadura, ha ido ensanchando el espacio político de los movimientos transpartidarios de participación ciudadana, aún cuando su amplitud creciente no ha terminado de desbordar la persistencia resistente de la centralidad partidaria y del terreno privilegiado del arbitraje de las elecciones nacionales³;

iv) han cambiado de manera muy fuerte y visible las condiciones de origen y las modalidades de ejercicio de los liderazgos personales a nivel de los partidos, lo que

sin llegar a las magnitudes de otros ejemplos cercanos en el continente, traduce la emergencia de fenómenos realmente inéditos en la historia política uruguaya⁴;

v) en particular durante los últimos años del primer gobierno frenteamplista bajo la presidencia de Tabaré Vázquez, pero sin duda como culminación de un proceso anterior, se ha venido consolidando una modificación intensa de los libretos más cotidianos del debate político, con una presencia creciente de los temas de la “*seguridad*”, de la llamada “*agenda posmaterialista*” y de los “*nuevos derechos*”, con una fuerte referencia a tópicos de moral pública y privada;

vi) el peso de los poderes públicos y el funcionamiento habitual del régimen político han ido variando de manera real, con una profundización gradual del formato presidencialista, de todos modos menor a la media verificada en América latina y con perfiles de moderación⁵;

vii) se ha acrecentado de manera muy visible el peso de nuevas lógicas de opinión y de decisión ciudadanas, en el marco de la vigencia ascendente de circuitos propios de un “*ágora mediática*” genuina y con la afirmación de perfiles renovados, que nos hablan de un nuevo electorado, con apertura a comportamientos e identificaciones más imprevisibles que los de antaño;

viii) aunque de manera aún más lenta que en las dimensiones anteriores, se vienen verificando modificaciones relevantes a nivel de la matriz ideológica dominante en el sistema político, con la aparición de algunos indicios de novedades importantes sobre el particular; entre otros que podrían citarse.

Como se observa, muchos de los registros anteriores pueden ser también considerados con relación al destaque de actores e instituciones que no son propiamente los ciudadanos, ni siquiera remiten en forma exclusiva a su arbitraje: el sistema de partidos, los liderazgos políticos, el régimen de gobierno, el escenario de la confrontación ideológica. Sin embargo, en nuestra perspectiva de análisis y a partir de nuestras hipótesis, existen muchas razones para indagar acerca de la intersección privilegiada de la evolución de estos procesos con giros y trayectorias de cambio ciudadano.

En otras palabras, en la política uruguaya los partidos y el resto de las instituciones públicas hace tiempo que están cambiando más lentamente que la ciudadanía, lo que en un tiempo de mutaciones tiende a debilitar su liderazgo y sus capacidades de iniciativa y, sobre todo, su control sobre lo que pasa. Todo esto, como se ha dicho, no llega todavía a desafiar a nuestro juicio la persistencia de la centralidad partidaria, pero le transfiere a la clave ciudadana un protagonismo inusitado y hasta inédito. Se trata de una primacía emergente y de un espectro de iniciativas disperso y fragmentado, que estimula a menudo un rumbo errático y hasta azaroso, lo que engrana con facilidad con un tiempo de marcada fluidez política. Traducido en clave preferencial a través de los giros del pronunciamiento electoral y de la fuerza cada vez más expresiva —e influyente— de la volatilidad de los “*humores*” de la opinión pública, el cambio ciudadano deviene de esta forma en una usina fortalecida, de expresión “*continua*”, de rumbo complejo y a veces inestable, pero con un claro tropismo orientado a la desinstalación de prácticas y de ideas establecidas.

Dentro de esos contextos más inciertos, aunque dentro de un formato sin duda singular en el continente, las preguntas radicales que nutren la interpelación política más actual en otros países latinoamericanos comienzan a sintonizar bastante más con las sensibilidades actuales de la ciudadanía uruguaya. ¿Qué partidos? ¿Qué sistema de partidos? ¿Qué tipo de liderazgos? ¿Qué nuevos espacios de participación? ¿Qué tipo de comunicación política es la prioritaria? ¿Qué forma de representación resulta más plausible? ¿Qué agenda? ¿Qué forma efectiva de gobierno? ¿Qué régimen político resulta más funcional a los cambios en curso? ¿Qué ciudadano? ¿Cuáles pueden ser las opciones previsibles del electorado en el futuro inmediato y en el mediano plazo? ¿Qué niveles de volatilidad electoral pueden avizorarse? ¿De qué forma se acompañan a los nuevos contextos los marcos institucionales que sustentan la acción del Estado y las políticas públicas? En suma, si preguntas tan radicales como estas –y otras similares– comienzan a resonar como no tan exóticas ni tan lejanas a la experiencia cívica cotidiana de los uruguayos, como a nuestro juicio parecen evidenciar el proceso político uruguayo de las últimas décadas y en especial el último ciclo electoral 2009-2010, resulta bastante evidente que algo profundo también se está moviendo en estos niveles menos observados de la resistente cultura política del país. El Uruguay político también está cambiando aunque –es necesario reiterarlo– a su modo y en sus tiempos.

2. Un test confirmatorio del cambio ciudadano: contenidos y continentes en el ciclo electoral 2009-2010

Luego del estallido de las desmesuradas expectativas de la transición democrática, un cierto agnosticismo cívico fue imponiéndose gradualmente en el centro de la escena política uruguaya, de la mano de la consolidación de una democracia también limitada, “*sin república*” o con “*poca república*”, para usar un concepto especialmente jerarquizado en la historia uruguaya de más larga duración. (Caetano, 2005) Sin embargo, el conjunto de acontecimientos y procesos que convergieron en el primer triunfo electoral de la izquierda en 2004 y en su ratificación diferente cinco años después, resultan en nuestra perspectiva el corolario –no el acto fundacional, como ha podido confirmarse en los últimos años– de un cambio ciudadano todavía en curso y con resolución abierta.

¿Hasta qué punto y en qué dirección, la coyuntura 2009-2010 continúa o profundiza la inflexión histórica del bienio 2004-2005, que para muchos configuró en más de un sentido un hito (no un “*final de historia*” teleológico, por cierto) reconocible en una perspectiva de más “larga duración”? Lo primero que puede señalarse ante esta pregunta es que si la confirmación del triunfo electoral de la izquierda y la presidencia de Tabaré Vázquez resultaron sin duda la expresión de transformaciones muy hondas y variadas, el ciclo electoral reciente puede en efecto ser interpretado como una suerte de “*test*” confirmatorio a nivel de la profundización de los cambios en las ideas y en las prácticas ciudadanas dominantes en el país.

¿Cuáles pueden ser algunas de las principales evidencias que sustentan esta última hipótesis? Pasemos revista a algunas claves en esta dirección:

i) **Candidatos “inesperados” y nuevos liderazgos de popularidad.** Tanto la di-

lucidación de las candidaturas presidenciales en cada uno de los principales partidos, como el contraste de imágenes y estilos en la personalización de la contienda electoral de octubre y de noviembre de 2009, expresaron resultados e innovaciones no previstos poco tiempo atrás. En particular el triunfo electoral y el consiguiente acceso a la Presidencia de la República de José Mujica, pero también el retorno de Luis Alberto Lacalle a la presidencia del directorio nacionalista o el ascenso vertiginoso de Pedro Bordaberry (que en poco más de un lustro de militancia política activa accede al liderazgo de un entonado P. Colorado) configuran eventos que, a nuestro juicio, tienden a expresar y al mismo tiempo a confirmar ese cuadro progresivo de cambios profundos e incrementales a nivel de la ciudadanía. En la misma dirección analítica, si hubieran prosperado otras candidaturas dentro de los principales partidos, como las de Danilo Astori en el FA o de Jorge Larrañaga en el PN, se hubieran perfilado en contrapartida escenarios ciudadanos menos disruptivos, más “*continuistas*” de acuerdo a los parámetros más clásicos de la manera de entender la política de los uruguayos. En esta misma dirección, el que un exguerrillero de los sesenta como José Mujica (convertido en “*rehén*” durante la dictadura y devenido con el tiempo en un líder político popular de estilo casi impensable dentro de los cánones de la política uruguaya tradicional)⁶ haya podido convertirse en el Presidente de los uruguayos tras su triunfo concluyente en el balotaje, constituye en sí misma una evidencia fuerte de cambio ciudadano en verdad radical. Y en cuanto al tema de los liderazgos, si bien los candidatos triunfantes no necesariamente devienen en líderes de partido⁷, los resultados de las elecciones recientes proyectan transformaciones y desafíos relevantes también en este campo.

ii) **Nuevo “sentido común” en los comportamientos y decisiones del electorado.** Otro de los ejes de reflexión puede orientarse en efecto hacia dónde centrar el foco de análisis, si en la particularidad de los candidatos que finalmente prevalecieron dentro de los partidos o en el electorado que decidió entre ellos. Para decirlo de otra forma, el protagonismo central de Mujica, Lacalle y Bordaberry, bastante poco previsible hace apenas unos años atrás, así como los ribetes singulares de su confrontación electoral, ¿expresan procesos meramente coyunturales de las internas partidarias o constituyen el corolario de cambios más profundos y persistentes a nivel ciudadano? Recuérdese a este respecto los pronósticos y juicios apresurados que varios analistas y “operadores” políticos hicieron en forma muy temprana acerca de la “*inviabilidad*” de ciertos escenarios electorales, en especial aquellos que planteaban la posibilidad competitiva de las candidaturas de Mujica y de Lacalle. El fracaso de la “*sabiduría convencional*” o del “*sentido común*” que sustentaban esas convicciones, tan afirmadas en su momento, debe ser examinado en su dimensión precisa, en especial con relación al paradigma del “*electorado uruguayo*” proyectado, fuertemente desmentido por la realidad de la sucesión reciente de pronunciamientos electorales. La primacía de estos candidatos “*inesperados*”, así como mucho de su propia *performance* durante el proceso electoral, tienden a expresar más que a fundar una ciudadanía mucho más contingente y fragmentada que la tradicional.

iii) **Transformaciones potentes en los partidos.** No resulta aventurado registrar que los partidos que emergen del ciclo electoral no son los mismos que los de un lustro atrás. Y esta aseveración no se funda solamente en la variación (en algunos casos radical) de los mapas partidarios internos. En el caso del FA se ha consolidado el diagnóstico acerca de un distanciamiento muy fuerte entre la estructura partidaria, su complejo modelo organizacional y decisonal y el electorado frenteamplista. En el P. Nacional se abre un escenario de disputa respecto al liderazgo partidario, luego de un cambio categórico registrado en las internas de junio de 2009, los desempeños mediocres de octubre y noviembre del mismo año y las señales contradictorias derivadas del buen desempeño (en especial de Alianza Nacional, bajo el liderazgo de Larrañaga) en los comicios departamentales y municipales de mayo de 2010. En el P. Colorado, el arrollador triunfo interno de Bordaberry y los buenos resultados obtenidos bajo su liderazgo en octubre y mayo, no sólo suponen el desplazamiento definitivo de los fuertes liderazgos de los ex presidentes Sanguinetti y Batlle, sino que proyectan un escenario de competencia electoral más impredecible hacia el futuro, con las fuertes consecuencias de ello sobre el funcionamiento general del sistema de partidos. Finalmente, los muy pobres resultados obtenidos –bajo circunstancias de polarización que presumiblemente favorecían sus chances– por el P. Independiente profundizan las dudas preexistentes acerca de la efectiva consistencia de un cuarto espacio en la política uruguaya actual. A partir de los balances del ciclo electoral, todos los partidos uruguayos, por razones y en perspectivas muy distintas, se ven enfrentados sin embargo a un desafío común de repensar algunos de los perfiles más significativos de sus identidades y dinámicas de los últimos años.

iv) **Nuevas pautas de movilización y de acción políticas.** En este sentido, los indicios y evidencias de cambio profundo que arroja el último ciclo electoral son múltiples: los alcances renovados en la política uruguaya del fenómeno de liderazgos populares de nuevo cuño (con el de Mujica como ejemplo máximo pero no único)⁸, que expresan una reconfiguración de los vínculos de identificación del elector con los partidos, así como redefiniciones relevantes en las articulaciones complejas entre política y subjetividad, entre las convocatorias cívicas y el campo desafiante de las emociones; la autonomización creciente de la movilización ciudadana durante el proceso electoral, entre autoconvocatorias y redes desafiantes de las organizaciones partidarias más establecidas⁹ y pronunciamientos más refinados de castigo¹⁰; emergencia de un votante menos cautivo y más independiente, que exige y encuentra nuevas oportunidades de intervención y decisión más allá de los acuerdos de dirigentes, desde el aprovechamiento refinado de las reglas electorales¹¹; la irrupción de nuevas pautas de movilización electoral, unida a la transgresión de muchas de los viejos “mapas” caudillescos en varios departamentos del interior del país; la expansión de nuevas formas de articulación entre lo religioso y lo político como componente importante de la movilización electoral; redefinición de las formas de construcción de la agenda política prevaeciente y de su influencia en las decisiones del electorado, en el plano de una mayor instalación del “ágora mediática” como espacio público privilegiado y de un relanzamiento más vigoroso.

so de los alcances de la “tecnosociabilidad” como recurso de competencia política, con la irrupción –además– de nuevos balances temáticos; entre otras.

v) **Intersecciones diferentes entre la evaluación del gobierno saliente y el arbitraje electoral.** La evaluación a nivel de la opinión pública sobre la gestión del gobierno de Tabaré Vázquez y sus proyecciones efectivas en la disputa electoral de 2009 configuran también un tema en el que pueden registrarse novedades. Por un lado se observó un llamativo proceso de permanencia, aun con pequeños altibajos, de un alto nivel de aprobación de la gestión del presidente Vázquez, dato en el que –como se observa en el gráfico correspondiente– todas las encuestadoras coincidieron, con la información complementaria de que esos guarismos de aprobación y de popularidad fueron por lejos los más altos que un presidente uruguayo pudo concitar en el período posterior a la dictadura.¹² Sin embargo, en esos mismos estudios se destacó también que Vázquez fue persistentemente mejor evaluado que su gobierno y que sus niveles de aprobación y popularidad mantuvieron (y aun acrecentaron en los momentos decisivos del ciclo electoral) una brecha importante respecto a la intención de voto por el FA.¹³ En otro orden del análisis, el muy alto respaldo obtenido por el presidente Vázquez en sus registros de aprobación de gestión y popularidad tampoco pudieron trasladarse fácilmente a la fuerza de su “*influencia directriz*” para elegir a su sucesor dentro del partido de gobierno. Estos fenómenos aportan una semejanza y una diferencia en la comparación con el resto de las democracias latinoamericanas: en el Uruguay puede darse la posibilidad de que un presidente muy popular no pueda garantizar un fácil triunfo del oficialismo en la renovación de mandato, pero también –y en esto sí hay singularidad nacional– se confirma que la alta popularidad de un presidente en ejercicio tampoco se traduce “naturalmente” en el incremento de su influencia política dentro de su partido ni en la elección “digitada” de su “sucesor”. En su primera experiencia como fuerza gobernante y en una nueva ratificación de un rasgo de “larga duración” en la historia política uruguaya, el Frente Amplio tampoco habilitó la figura del “*presidente elector*”, ni siquiera en relación a uno que, como Tabaré Vázquez, ostentaba al final de su mandato un liderazgo sólido y altos índices de popularidad.

Podría abundarse en otras referencias similares pero ellas se orientarían en una perspectiva similar. Tanto el trámite como el desenlace del ciclo electoral 2009-2010 configuraron un nuevo “test” ampliamente confirmatorio de un cambio ciudadano profundo en el Uruguay contemporáneo, cuya intensidad ha crecido en forma progresiva en las últimas décadas pero de acuerdo a códigos peculiares de la cultura política nacional. Esta última, en tanto expresión de una tensión permanente de cambio y continuidad, se ve en varios aspectos desbordada por las transformaciones en curso, pero también resiste imponiendo –todavía– la permanencia de algunas de sus pautas más tradicionales (la centralidad partidaria, la prioridad del arbitraje electoral, las restricciones a hegemonismos incontestados y a experiencias populistas, etc.). En suma, emerge un cuadro con novedades relevantes y en algunos casos inéditas respecto a los **contenidos** de las prácticas ciudadanas, pero bajo el formato de **continentes** tradicionales. Todo esto, además, se proyecta

en un contexto en que las relaciones entre forma y contenido, entre el **cómo** y el **qué** de la política uruguaya, tienden a resignificarse de manera visible.

3. ¿Cómo explicar y narrar los procesos electorales más relevantes del ciclo 2009-2010? Algunas razones para priorizar las razones políticas

En el Uruguay de los últimos años, en especial en una polémica tácita entre politólogos, historiadores y sociólogos electorales, se han confrontado en el país distintos modelos explicativos y narrativos en relación con la evolución electoral en general y con el fenómeno del crecimiento de la izquierda en particular. En el último número de la *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, Gustavo de Armas desarrolló sobre este tema un análisis panorámico y profundo cuyas conclusiones compartimos y a cuya lectura remitimos (De Armas, 2009). En particular, De Armas estudia con persuasividad los límites y alcances de la “explicación demográfica” acerca del comportamiento electoral de los uruguayos y del crecimiento de la izquierda en las últimas décadas, enfatizando en el hecho de que a la luz de lo ocurrido en las elecciones de 2009, podría fundarse en forma empírica que, con relación a los “escenarios de futuro”, “*el desempeño de los dos grandes bloques partidarios dependerá cada vez más de su capacidad para concitar adhesiones entre esos votantes nómades, es decir de la capacidad de crecer políticamente*”.

En acuerdo con esa visión, nuestra hipótesis de trabajo apunta también a vincular las posibilidades de construcción de esas capacidades con la necesidad de profundizar y refinar la mirada analítica en torno al cambio ya referido del modelo ciudadano en el país. A nuestro juicio, ningún partido podrá “*crecer políticamente*” sin sintonizar sus acciones y propuestas con la nueva ciudadanía uruguaya. Como vimos, esta idea parece confirmarse con el relevamiento del “test” del ciclo 2009-2010, entre otras cosas porque las exigencias que demanda su narración y su explicación nos orientan con claridad a priorizar las indagatorias en torno a las razones más políticas de su trámite y de su desenlace.

¿Qué puede implicar esta priorización de las claves explicativas de la política para comprender mejor lo que ocurrió? En primer lugar, supone marcar las limitaciones de cualquier modelo interpretativo que postule que el comportamiento del electorado uruguayo resultó de un epifenómeno de eventos derivados de otros escenarios históricos “*más profundos*”. Ni las tendencias demográficas, ni las transformaciones sociales o culturales, tampoco la evolución de la economía o los condicionamientos de las “*marcas*” perdurables de la historia y del pasado, pueden ofrecernos un “atajo” para explicar y narrar mejor el comportamiento reciente del electorado uruguayo. Si bien ha habido muchas “*revoluciones silenciosas*” en la historia uruguaya del último cuarto de siglo, son en verdad aquellas ocurridas en el escenario de la política –que también las ha tenido– las que en verdad explican las principales razones de los itinerarios electorales del pasado reciente. El triunfo de Mujica, que en más de un sentido resulta emblemático de los cambios que arrojó el último proceso electoral, deriva de razones fundamentalmente políticas, no puede ser entendido a cabalidad en otro marco de análisis. Desde el rechazo fuerte a todo intento de interpretación “*monista*” o “*determinista*”, un recorrido en

profundidad sobre el reciente ciclo electoral nos devuelve sin embargo al registro de la primacía –reiteremos, no excluyente de otros factores ni miradas– y de la autonomía de la política, de su densidad propia y no meramente expresiva de otras áreas del acontecer.

En ese marco, nuestra hipótesis apunta a sostener que las decisiones del electorado –en plural, porque fueron variadas y no todas alineadas en una misma dirección– en este último bienio derivaron sobre todo de definiciones políticas, algunas de ellas hondas, refinadas y de interpretación nada simple. Nuestro objetivo apunta además a postular el cambio del modelo ciudadano como un observatorio privilegiado para interpelar esas razones políticas finalmente decisivas, que refieren también a las novedades verificadas en fenómenos como el posicionamiento de los partidos, los perfiles de su competencia, el desplazamiento ideológico de los votantes, la agenda de debate programático, entre otros.

¿Cómo operacionalizar estas hipótesis en relación al análisis de las elecciones de estos dos últimos años? Una vía puede apuntar a focalizar la atención en la influencia acrecida de la campaña electoral sobre la dilucidación de las distintas instancias del ciclo electoral. En esa dirección analítica, en los años previos postulábamos la hipótesis de que en la coyuntura política actual, el partido y el candidato que “ganaran la campaña”, ganarían también la elección. Quien suponga que esta aseveración resultaba trivial porque eso es lo que siempre ocurre (o por el contrario no ocurre nunca), a mi juicio no recuerda bien la historia política del Uruguay reciente.¹⁴ Si esta percepción y la hipótesis que la sostenía resultaban finalmente ciertas, por cierto que ello no suponía menoscabar el peso decisivo de la evaluación del último lustro de gobierno, tanto en la perspectiva de las chances del partido de gobierno (cuyo candidato no casualmente luego de las internas, se acercó como nunca antes a la defensa del gobierno del presidente Vázquez, al que por otra parte integró), como en relación con el posicionamiento y con las posibilidades de la oposición.¹⁵ Sin embargo, había más de un indicio respecto a que este factor influiría pero menos de lo esperado.

Si las incertidumbres electorales pudieron convivir con una evaluación muy favorable del gobierno saliente y con la percepción de un escenario general no proclive al cambio, sobre todo uno simbólicamente tan dramático como el de un eventual triunfo de Lacalle sobre Mujica en segunda vuelta, ello entre otras cosas refiere a ese cambio profundo que venimos refiriendo a nivel de las ciudadanías y de sus comportamientos en términos de electorado. Más allá de la contundencia final del resultado del balotaje, el que durante buena parte de 2009 ese escenario final no estuviera para nada asegurado, parece indicar la consolidación –también en Uruguay– de una situación de “fluidez política” que se viene repitiendo en América latina en muchos de sus últimos procesos electorales nacionales: como se ha anotado, un gobierno exitoso y que se mantiene popular hasta el fin del mandato, así como un clima político ideológico no proclive al cambio de signo en el gobierno, no necesariamente aseguran el triunfo comicial del partido de gobierno.¹⁶ El cambio profundo a nivel de las ciudadanías y su traducción privilegiada a través de los comportamientos electorales parecen otorgarle un

mayor peso decisorio a las campañas, así como una mayor incertidumbre a su dilucidación.

No parece haber duda respecto a que la fragmentación de la sociedad uruguaya, profundizada durante la última década, impulsó también la emergencia de electorados múltiples y segmentados, no proclives a responder de igual forma ante mensajes y convocatorias uniformizantes y rígidas. Ante este escenario de fragmentación de electorados, la capacidad comunicacional exhibida por los partidos y por los candidatos fue exigida de modo particular. La versatilidad, la pluralidad de vías y contenidos, la sensibilidad fina para rearticular en clave ciudadana unidad y diversidad, la efectividad para confirmar apelaciones certeras a la hora de la polarización, la apelación eficaz a las filiaciones simbólico-emotivas de las tradiciones políticas y partidarias, entre otros, resultaron factores que si no fueron nuevos como exigencia de campaña, tal vez cobraron en el proceso pasado una relevancia decisoria inédita. ¿Cuán preparados estaban los candidatos y los partidos para responder a este tipo de retos? ¿Todo dependió de la eficacia y sapiencia de los “equipos de conducción” de las campañas o se pusieron en juego acumulaciones y síntesis políticas más hondas, ante las que los electorados (aun en sus nuevos formatos) se mostraron sensibles a la hora de decidir? ¿Por qué los errores de los principales candidatos, que fueron tantos y tan significativos, no pesaron de igual forma en la dilucidación final de 2009?

Si resulta certera la hipótesis respecto a la verificación de esa fragmentación de electorados, también habría que apuntar que al menos una parte de ese proceso tuvo también que ver con transformaciones en el seno de las elites uruguayas, otro fenómeno que se profundizó en los últimos años y no solo en el campo estrictamente político-partidario (Moreira, 2009). La diversificación de los electorados y la complejización en la forja de sus decisiones finales también pasó por allí: debió conjugarse una presencia más visible (aunque más fragmentada y dispersa de lo esperado por algunos) de los sectores populares, al tiempo que las “viejas” clases medias o los empresarios distaron del “monolitismo” (más narrado que “real”) de las imágenes de otrora. Si la quiebra definitiva en el Uruguay de la vieja “sociedad hiperintegrada” durante 2002 coadyuvó también a la emergencia de ciudadanos y de elites diferentes, con mucha fragmentación en su interior, ha cobrado más fuerza que de costumbre el consejo sensato sobre que, cada vez más, las campañas electorales no se ganan convenciendo a los “convencidos” o a los “creyentes”.

En un escenario de disputa más contingente, la capacidad de convocar a los indecisos o a los “no creyentes” se volvió más central y debió enfrentar desafíos también fuertes. Por un lado, los estudios realizados en esta dirección durante el ciclo electoral apuntaron a perfilar un prototipo de “indeciso” no demasiado novedoso: con escaso interés en la política, poco proclive a identificarse en clave ideológica o sumado a un “centro” genérico y poco específico, con perfiles de rechazo a la política y a los partidos en general y a los candidatos y dirigentes políticos en particular. ¿Pero cómo reaccionaron estos indecisos más o menos clásicos ante candidatos como Mujica, Lacalle o Bordaberry, que si algo tenían en común era que despertaban fuertes índices de rechazo fuera de las filas de sus respectivos par-

tidos y sectores? En esa contienda específica, por muchas razones, parece haberle ido bastante mejor a Mujica y a Bordaberry que a Lacalle y las razones de ello también derivan antes que nada de arbitrajes fundamentalmente políticos.

A estos factores de mayor fragmentación y contingencia ciudadanas, que tornaron más decisivo el trámite de la campaña, debe sumársele el tema de la reformulación en la construcción de la agenda y su disputa. Suele decirse que el candidato y el partido que logran posicionar mejor “sus temas” como los prioritarios en el debate mediático y en las conversaciones del “boca a boca” ciudadano, tienen mucho camino ganado en la competencia frente a sus rivales. En ese sentido, la capacidad de unos y otros para “marcar” la agenda electoral cobra una importancia señalada. Pero en estos nuevos escenarios ciudadanos esta teoría aparece interpelada por retos inéditos, ante la fragmentación que también alcanzó lo que podríamos definir como “comunidad interpretativa” en un proceso de competencia electoral como el pasado. Se puede convenir con facilidad que la decisión de la mayoría de los electores –y en particular de los “decisivos” indecisos, valga el juego de palabras– no pasó por la lectura atenta de los programas partidarios y por su comparación posterior. Pero no resulta tan sencillo descifrar cómo se tradujeron en este nuevo electorado uruguayo los discursos diversos que circularon en la campaña sobre temas como el de la “seguridad” o el de los “valores” de la moral pública y privada. Advértase que de acuerdo a mediciones verificadas en varias instancias de 2009, el tema “seguridad” primó por primera vez sobre el del “empleo” y la “situación económica” en la consideración de los ciudadanos a la hora de decidir su voto. Aunque tradicionalmente se piense, no sin cierta razón, que la radicación de ese tipo de agenda temática tiende a favorecer casi siempre a la oposición frente al gobierno y a los candidatos de “derecha” sobre los de “izquierda”, a nuestro juicio cabe abrir la sospecha de mayores complejidades y dudas con respecto a cómo se tramitó y resolvió esta contienda de agenda en 2009.

Dentro de ese contexto, si se recorre con atención el trámite específico de la campaña, hay algunos apuntes que rápidamente se imponen:

i) si se sigue en las gráficas correspondientes la evolución de la intención de voto por partido entre 2005 y 2009 o entre febrero y octubre de 2009 (de acuerdo a un promedio de los datos publicados por las principales empresas encuestadoras uruguayas), así como también la que ilustra el porcentaje de votos por partido en cada de las cuatro instancias electorales del ciclo 2009-2010, no parece persuasiva la lectura que señala que el triunfo del FA “estaba cantado” o era poco menos que ineluctable antes de la campaña¹⁷;

ii) la inflexión más decisiva de la competencia durante el 2009 parece situarse a finales de junio y comienzos de julio, momento en el que, con los resultados de las internas a la vista y con la presentación de las fórmulas (más presentes en sus lógicas de complementariedad que nunca), la competencia electoral más neta terminó de instalarse;

iii) que la campaña no fue irrelevante y que los desempeños de los candidatos no resultaron inocuos para la definición de los electores parece confirmarse precisamente en esos cinco meses que van entre comienzos de julio y finales de noviembre

de 2009, cuando en una etapa signada por una sucesión de graves e inesperados errores por parte de los dos principales protagonistas (Mujica y Lacalle, los contrincantes del balotaje), los registros de intención de voto por partido incorporaron las tendencias que definirían efectivamente la elección;

iv) a diferencia del momento final de las internas partidarias, que significó simultáneamente el mejor momento del P. Nacional y el peor del FA, los resultados de octubre perfilaron buenos resultados para el FA y el PC y un resultado adverso para el PN, que a pesar de que logró “pasar” al balotaje, lo hizo sin chance efectiva y desde una posición de derrota;

v) pese a que los resultados de noviembre dieron una contundente victoria a Mujica y que el inicio de su presidencia en marzo pareció consolidar un contexto favorable para el FA de cara a las elecciones departamentales y municipales de mayo de 2010, los resultados que se verificaron en la última de las instancias electorales del ciclo, un tanto inesperadamente y por varias razones, se reorientaron en señales de derrota para el partido de gobierno y, por el contrario, le otorgaron triunfos relevantes a los dos principales partidos de oposición.

En suma, el seguimiento de la secuencia electoral y del trámite de la campaña parecen confirmar esa noción de ciudadanía contingente que hemos reiterado. Tal vez un registro fino sobre quiénes pueden considerarse ganadores y quiénes perdedores en el ciclo electoral culminado pueda corresponderse con una lectura que apunte a la identificación de los distintos actores con una mayor o menor sintonía con las señales del cambio ciudadano. Algo de eso barruntó el propio Mujica (quien bien puede ser considerado como el principal vencedor del ciclo electoral), cuando en su recordado discurso de asunción presidencial ante la Asamblea General el 1° de marzo señaló con especial énfasis: *“Con el Frente Amplio en el gobierno, el país ha completado un ciclo. Ahora todos sabemos que los ciudadanos no le extienden cheques en blanco a ningún partido y que los votos hay que ganárselos una y otra vez en buena ley. Los ciudadanos nos han advertido a todos que ya no son incondicionales de ningún partido, que evalúan y auditan las gestiones, que los que hoy son protagonistas principales, mañana pueden convertirse en actores secundarios. Después de 100 años, al fin, ya no hay partidos predestinados a ganar y partidos predestinados a perder. Esa fue la dura lección que los lemas tradicionales recibieron en los últimos años. El país les advirtió que no eran tan diferentes entre sí como pretendían, que sus prácticas y estilos se parecían demasiado y que se necesitaban nuevos jugadores, para que el sistema recuperara una saludable tensión competitiva. Por su parte el Frente Amplio, eterno desafiante y ahora transitorio campeón, tuvo que aceptar duras lecciones, no ya de los votantes sino de la realidad”*.

¿Cuántos dirigentes políticos uruguayos, de cualquiera de los partidos, comparan efectivamente esa visión y han comenzado a pensar y actuar en consecuencia? ¿Existe una conciencia pública efectiva acerca de la hondura de los cambios producidos en ese campo más profundo de la ciudadanía? ¿Existe un diagnóstico afinado en los distintos partidos sobre los retos de lo que viene?

4. Las singularidades del caso uruguayo en el panorama del cambio político latinoamericano: el espejo y el observatorio del Latinobarómetro

Si como tantas veces se ha dicho, no debe confundirse “opinión pública” con “ciudadanía”, la evolución más volátil de la primera a lo largo de un período de tiempo considerable puede derivar en la gradual cristalización de visiones y percepciones que, de un modo u otro, terminan encarnando en ese nivel más profundo de las ideas y prácticas ciudadanas. Por otra parte, este fenómeno nuevo que hemos referido como el de una ciudadanía “constante” y “contingente”, engrana de manera distinta con los itinerarios complejos de una “opinión pública” medida de forma casi permanente y devenida por ello en una suerte de escrutinio público jerarquizado, omnipresente y sobredemandante para quienes “hacen política”. De ese modo, si bien el discernimiento entre ambas se vuelve tal vez hoy más necesario que nunca, las intersecciones entre ciudadanía y opinión pública se han vuelto más complejas y decisivas en el marco de este cambio político tan profundo. En esa dirección, en el contexto contemporáneo de América latina, en sus *sociedades de la desconfianza* y con sus *ciudadanías del miedo*, el registro de la evolución en el tiempo de variables como la adhesión a los valores y prácticas de la democracia o el de la confiabilidad otorgada a las principales instituciones públicas y privadas, entre otras, se vuelven indicadores relevantes.

En la evolución que presentan las mediciones del Latinobarómetro (Latinobarómetro 2008)¹⁸ para el período 1996-2008 abundan constataciones significativas sobre muchos temas importantes en la perspectiva señalada. En lo que tiene que ver con diversos indicadores que refieren a la actitud predominante de los latinoamericanos en torno a los **valores y prácticas asociadas a la vigencia de la democracia**, pueden observarse algunas tendencias preocupantes. Durante ese período bajó promedialmente el grado de adhesión y apoyo al sistema democrático en la región (un 4% menos en 2008 que en 1996). Descendió también la calidad en la evaluación de sus desempeños. De acuerdo a las mediciones del Informe 2008, la percepción dominante entre los latinoamericanos (70%) era la de que “*se gobierna no para la mayoría sino para los intereses de unos pocos*”.

Por su parte, durante el mismo período, la **relación democracia vs. autoritarismo-militarismo** arrojaba una evolución sorprendente, en especial si se tienen en cuenta las valoraciones que proyectaban estas comparaciones a la salida de las dictaduras de la seguridad nacional. Un 53% de los encuestados manifestaba en 2008 que no le importaría el carácter “no democrático” de un gobierno si este resolvía los problemas económicos. Este guarismo debía conceptuarse como grave habida cuenta de que se producía luego de un lustro de continuo y fuerte crecimiento económico, con mejoría general de indicadores sociales y económicos bajo el liderazgo de regímenes democráticos. De todos modos, en el continente permanecían estables –de acuerdo al Latinobarómetro 2008– otras hipótesis de tolerancia respecto a gobiernos autoritarios y aun militaristas, al tiempo que las sociedades se mostraban más proclives a defender los valores de la seguridad y del orden sobre los de la libertad (tensión histórica que aparece desbalanceada

en el continente ante los cuadros de inseguridad y violentismos desatados en los últimos tiempos).

Los **grados de satisfacción o insatisfacción con relación al funcionamiento de las instituciones** revelaban también contrastes significativos. Un 57% de los encuestados en el 2008 acompañaba la aseveración de que *“no puede haber democracia sin Congreso nacional”*, al tiempo que un 32% manifestaba confianza en la acción del Parlamento, 5% más que en 1996 pero sobre todo 15% más que en el 2003, cuando se registró el mínimo histórico del período (17%). Sin embargo, si bien un 56% se manifestaba de acuerdo con la idea de que *“no puede haber democracia sin partidos”*, sólo un 30% evaluaba positivamente su trabajo y apenas un 21% expresaba confianza en ellos, apenas un 1% más que en 1996 pero también casi el doble del 2003, año en el que con el telón de fondo de la crisis y de la recesión, se llegó al mínimo de confianza en el período (11%).

En lo que refiere a la **intención o propensión a votar**, es de destacar que no se detectaron en el Informe 2008 descensos o variaciones preocupantes en cuanto a la expectativa que generan las elecciones en tanto instancias de cambio en el rumbo de los gobiernos y de sus políticas públicas. Si bien el 59% de los encuestados coincidía en que *“lo más efectivo para cambiar las cosas es votar”*, la población se dividía por mitades en la respuesta sobre si votaría por un partido o no. De todos modos, la participación política por la vía de los partidos y las elecciones superaba muy claramente al reducido porcentaje de los encuestados (16%) que señalaba que *“lo más efectivo para cambiar las cosas es participar en movimientos de protesta”*.

Con la pauta comparativa del impacto de crisis anteriores, pero advirtiendo el carácter incierto y en muchos aspectos inédito de la nueva crisis global, Daniel Zovatto, miembro del Consejo Asesor Internacional del Latinobarómetro, problematizaba en el Informe correspondiente a 2008 el clásico tema de la relación entre las crisis económicas y la democracia. *“¿Acaso –se preguntaba Zovatto en una parte del Informe– la nueva crisis que está en curso producirá otro desencanto con las instituciones o se trata de cambios que permanecerán?”*.

Las expectativas generadas por el Informe del año anterior no fueron defraudadas en diciembre de 2009. Los registros y mediciones obtenidos presentaron en efecto algunos ejes de reflexión muy suscitadores. El Informe de 2009 tomaba como temas centrales de su indagatoria los giros de la opinión pública latinoamericana en el último año a propósito del golpe de Estado en Honduras, las amenazas sobre la estabilidad de la democracia y el registro de indicadores varios en torno a la misma, el impacto de la crisis mundial en lo político-electoral y en lo económico-social, entre otros. En la introducción se adelantaban algunas conclusiones generales que se perfilaban a través de los datos ofrecidos por el Informe en su conjunto: *“Las democracias latinoamericanas muestran crisis de representación, en primer lugar a través del hiperpresidencialismo, la fiebre reeleccionista y el desmedro de la confianza en las instituciones, así como la atomización del sistema de partidos en tantos países. (...) (Sin embargo), la Democracia en América Latina no sufre con la crisis económica como se había esperado”*.

En cuanto a las mediciones presentadas por el nuevo Informe 2009, algunas de las más importantes tuvieron que ver con el impacto del golpe de Estado en Honduras. Sobre ese particular, los principales registros fueron los siguientes: i) apenas un 24% de los latinoamericanos se mostró de acuerdo con el golpe, promedio dentro de un rango de opiniones en el que solamente República Dominicana evidenció un nivel alto de aprobación (un 44%), mientras que el resto (incluido Honduras) no superó un tercio de aceptación y en Argentina y Uruguay sólo un 9% de la población consultada lo aprobó; ii) un 62% de los habitantes de la región desestimó la probabilidad de un golpe de Estado en sus propios países; iii) aumentó a un 65% el conjunto de aquellos que expresaron que bajo ninguna circunstancia apoyarían a un gobierno militar; iv) de todos modos, hubo porcentajes minoritarios pero considerables de expresiones de apoyo a actitudes claramente autoritarias (como acordar que *“los militares remuevan al presidente si viola la constitución”* o que *“cuando hay una situación difícil está bien pasar por encima de las leyes”*).

En sus conclusiones sobre este punto, en el Informe se registraba el concepto de *“Neo Democracias”*, adjudicándose a aquellos gobiernos latinoamericanos derivados de elecciones pero que evidenciaban *“grados de autoritarismo”*. *“La amenaza autoritaria –se señalaba en un fragmento del Informe– tiene dos versiones, por una parte están los golpes de Estado, como el caso de Honduras, pero por otra están lo que podríamos llamar “las Neo Democracias”, que avanzan lentamente hacia crecientes grados de autoritarismo. Estas se siguen llamando democracias, pero han derivado en un tipo híbrido de régimen político. Tal es el caso de Venezuela, donde importantes elementos de las democracias no están del todo presentes. (...) Las actitudes hacia la democracia en América Latina están inundadas de confusiones autoritarias, donde los ciudadanos combinan cosas que no se pueden combinar si se es democrático”*.

En el registro de las mediciones acerca de distintos aspectos vinculados con la situación de la democracia en América latina, el Informe presentó en la mayoría de los casos indicadores mayoritariamente favorables, aun cuando persistió la interpelación acerca de la coherencia de lo que los encuestados entendían por democracia. En ese sentido, el 59% manifestó su apoyo explícito a la democracia (*“la democracia es preferible a cualquiera otra forma de gobierno”*), mientras que un 76% lo hizo *“por descarte-implícito”* (*“la democracia puede tener problemas, pero es el mejor sistema de gobierno”*). Por otra parte, un 54% de los encuestados acordó con la aseveración de que *“los gobiernos democráticos están más preparados para enfrentar una crisis económica”*, un 46% prefirió la democracia al *“desarrollo sin democracia”*, mientras continuó aumentando la manifestación de satisfacción con la democracia alcanzándose un 44% (con un aumento de 7% respecto al año anterior).

Frente a estos y otros indicadores mayormente favorables, se presentaron otros registros preocupantes. Éstos surgieron en particular cuando al entrevistado se le preguntó en concreto sobre su acuerdo específico acerca de afirmaciones que hacen a principios democráticos más clásicos (como los ya señalados acerca de la necesidad de partidos políticos, apoyo al Parlamento, rechazo a los gobiernos

autoritarios, libertad de expresión, realización de elecciones, etc.), mientras que los porcentajes aumentaron de modo exponencial cuando las preguntas rumbearon hacia una postura más genérica en torno a “la democracia”. *“Si se usa un indicador compuesto, donde se incluye la necesidad de partidos políticos, Parlamento, rechazo a los gobiernos autoritarios, apoyo a la democracia por encima de los otros tipos de régimen, la cantidad de personas que adhieren a la democracia no alcanza los dos dígitos en América Latina. Si se incluyen en el índice las elecciones, la libertad de expresión, aumentan los porcentajes”*.¹⁹

En su análisis específico titulado *“Sinóptica política-electoral: la ola de elecciones 2009-2011”*, inserto en el Informe, Daniel Zovatto, al igual que en el Informe del año anterior, explora acerca de las posibles consecuencias del impacto de la crisis en los resultados del calendario electoral del bienio. Algunas de las principales tendencias que registra son las siguientes: reafirma su convicción sobre que el “giro a la izquierda” en la región es más “*supuesto*” que real; destaca que los impactos político electorales de la crisis no resultan homogéneos ni muchas veces previsible; no advierte *“la posibilidad de una reconfiguración radical del escenario político de la región”*, ya que si bien *“las crisis económicas (...) benefician a la oposición, el gobierno puede mantenerse en el poder cuando tiene la habilidad y los recursos (sobre todo para llevar a cabo políticas anticíclicas) y transformar la crisis económica en oportunidad política”*; finalmente, destaca al reeleccionismo como la *“tendencia que viene cobrando cada vez mayor fuerza”*, lo que a su juicio no constituye *“una buena noticia para la calidad de la democracia en nuestra región”*.

Como se advierte, los vínculos e interrelaciones entre el impacto de la crisis económica internacional y la evolución de los procesos políticos, al menos en la percepción de la opinión pública predominante en América latina, resultan mucho más complejos de lo esperado. No parece haber mucho espacio para determinismos economicistas, mientras que la densidad y las posibilidades de incidencia de la política emergen muy ampliadas. La pregunta acerca de cómo entienden la democracia los latinoamericanos genera más de una perplejidad y muchos interrogantes. Entre hiperpresidencialismo y *“fiebre reeleccionista”*, parece consolidarse un distanciamiento creciente —ya presente desde varios años atrás— entre las ideas clásicas de la teoría democrática liberal y el ambiente político-intelectual, que parece estar definiendo las visiones y los usos que sobre el concepto de democracia tienden a prevalecer en la opinión pública de los latinoamericanos. Como señala Zovatto, *“la continuidad democrática no ha estado en riesgo”*, a pesar de que *“determinados países han visto aumentar la polarización, la conflictividad social y las tensiones políticas”*, mientras que *“las instituciones mejoran mucho menos que los presidentes”*. En suma, el principal impacto político de la crisis económica parece ser la mayor visibilización de procesos de cambio que ya estaban instalados desde bastante tiempo atrás en la región.

¿Y cómo marcan las mediciones en Uruguay dentro de este estudio panorámico global sobre las orientaciones políticas de la opinión pública en la mayoría de los países del continente? Como podía esperarse, el caso de la opinión pública uru-

guaya se destaca –al igual que en mediciones anteriores pero tal vez con mayor radicalidad– como el más claramente proclive a confirmar valoraciones y actitudes favorables a las visiones más clásicas de la democracia representativa.

Ocupa el primer lugar (en solitario o en forma compartida) en el nivel de desacuerdo con el golpe de Estado en Honduras; en cuanto a la no probabilidad de un golpe de Estado en el país; en las actitudes contrarias a toda forma de autoritarismo; en la valoración sobre cuán democrático es el propio país²⁰; en la defensa consistente sobre la necesidad de los partidos políticos y el Congreso como requisitos insoslayables para una democracia consolidada; en los índices de satisfacción con el régimen; en la defensa de la noción de que “*se gobierna para el bien del pueblo*”; en el destaque de “*progreso*” en la “*reducción de la corrupción*”; en la afirmación de señales de tolerancia ante los homosexuales; en indicadores contrarios a una visión tradicional sobre el rol de las mujeres en política²¹; en la defensa de la “*eficacia del voto*” y en su primacía sobre otras modalidades de participación política como “*marchas*”, “*manifestaciones*” o “*comités de vigilancia*”, en la defensa de las “*consultas populares*” a través de institutos de democracia directa; en la percepción sobre la limpieza de las elecciones, entre otras mediciones que apuntan de forma consistente en la misma dirección.²²

En suma, el Uruguay manifiesta a nivel de las mediciones de opinión pública un fuerte y persistente apego a las visiones más clásicas de la democracia representativa, al tiempo que también es reconocido externamente como “*el país más democrático de la región*”. Y ello se ratifica con especial énfasis en una coyuntura en que –como vimos–, si bien la crisis global no genera como en períodos anteriores una profundización de la desafección en torno a la democracia, se profundizan sin embargo cambios muy visibles en el continente en torno a la conceptualización de lo que define y distingue a un régimen democrático y persisten indicadores de tolerancia ante actitudes autoritarias y de distanciamiento crítico sobre la confiabilidad de las instituciones.

Muchos podrían señalar ante estos datos que, al menos a partir del seguimiento de las mediciones del Latinobarómetro, lo que se infiere es mucho más un escenario de consolidación de la matriz democrática republicana más clásica en la opinión pública de los uruguayos, antes que el registro de evidencias sobre cambios ciudadanos profundos como los señalados en el texto. Por el contrario, la hipótesis que defendemos apunta al destaque sobre que la singularidad uruguaya no radica en su ajenidad al cambio político en la fragmentación que caracteriza la actualidad política del continente, sino en las formas y en la particular tensión entre cambio y continuidad que enmarcan y continentan las transformaciones ciudadanas ocurridas efectivamente en el país. La singularidad uruguaya se perfila mucho más en el cómo se cambia antes que en una supuesta ajenidad al ciclo de transformaciones políticas.

Esta resulta sin duda una singularidad muy relevante y de signo entendemos positivo, pero hay que hurgar con mayor profundidad, revisar la heurística de la nueva política y evitar que la opacidad soslaye la visualización precisa de las transformaciones. Como hemos señalado varias veces en el texto, a nuestro juicio

está en curso una mutación de la democracia uruguaya pero por diversos motivos la conciencia pública sobre este fenómeno resulta insuficiente y escasa. Si nada estuviera cambiando y sólo tuviéramos más de lo mismo, con seguridad el ciclo electoral 2009-2010 hubiera sido muy distinto y José Mujica no hubiera sido candidato único del FA y mucho menos electo Presidente de la República. En esta dirección, la necesaria inscripción del análisis de la política uruguaya en el contexto comparativo de América latina puede ayudarnos a calificar los límites y alcances del cambio ciudadano en el Uruguay, a definir con mayor precisión los contornos de singularidad efectiva de sus trayectorias como un caso distinto pero a la vez comparable. También contribuye a configurar un observatorio menos provinciano y autorreferido, más asociado con claves epocales que se perciben tal vez con mayor nitidez en la región y en el mundo. En cualquier caso, la profundidad del análisis sale ganando con la incorporación de ese filtro conceptual.

5. Reflexiones finales: la “encrucijada” continúa

En los últimos años postulamos en distintos trabajos que la palabra “encrucijada” resultaba útil para referir algunos de los rasgos más definitorios de la coyuntura del ciclo electoral 2009-2010 (Caetano, 2008b). Desde el balance de lo ocurrido en ese proceso, no sólo puede ratificarse su pertinencia interpretativa para el bienio pasado, sino que también se puede sustentar que la “encrucijada” más profunda para la política uruguaya no ha terminado con las elecciones. También aquí parecen converger muchas evidencias respecto al carácter especialmente desafiante para el sistema político uruguayo de los retos que convergen en la coyuntura que se abre.

En el inicio de la presidencia de Mujica se han acumulado acontecimientos y signos que se orientan claramente en esa perspectiva. Pero las señales de cambio y la exigencia de definiciones difíciles para los actores, no siempre “deseables” pero insoslayables, en verdad son muchas y muy fuertes. Para sólo remitir a los partidos, en esa dirección convergen temas como la capacidad de autotransformación del FA, el debate abierto en torno a la retornada tesis “fusionista” entre blancos y colorados, las nuevas disputas de liderazgo bajo los nuevos mapas de las internas partidarias, la rediscusión en torno a propuestas de nuevas modificaciones en las reglas de juego electorales, los pronósticos –sin duda apresurados– en torno a los escenarios posibles de cara al 2014, entre otros.

Con su estilo intransferible, tan a contramano de los cánones tradicionales que hacen a los contornos más aceptados y previsibles del paradigma político uruguayo, con su apuesta tozuda, tal vez calculada y pragmática, a ser consecuente sin concesiones con lo que le indican su sentido común y su olfato político, la figura del ahora presidente Mujica, tiende –como ya se ha reseñado– a simbolizar las peculiaridades de la encrucijada más actual de la política uruguaya. De manera especial, su estilo de gobernar y la forma en que ha proyectado la acción del “centro presidencial” en el conjunto del sistema político, presentan innovaciones no sólo “folkloricas”: su idea de que el gobierno es antes que nada “*la creación de las condiciones para gobernar*” lo ha llevado al mismo tiempo a tender puentes

efectivos para la negociación con la dirigencia de los otros partidos, pero también a buscar sostén y sintonía permanente para sus iniciativas políticas en la apelación constante a la opinión pública, en una suerte de “doble escena” no siempre coherente y que en más de una oportunidad ha generado perplejidad.²³

Sin embargo, a nuestro juicio, si se pone sólo el foco sobre la figura presidencial y no se indaga acerca de lo que su encumbramiento expresa en términos más colectivos e históricos, si no se concentra la atención y el análisis en las transformaciones profundas que han sufrido el modelo y las prácticas predominantes de la ciudadanía en el Uruguay reciente, no se terminará de advertir y de entender qué es realmente lo que pasa. El propio Mujica supo sintetizarlo expresivamente en su ya referido discurso inaugural del 1º de marzo ante la Asamblea General: “*No está fácil navegar. Las brújulas ya no están seguras de donde quedan los puntos cardinales*”.



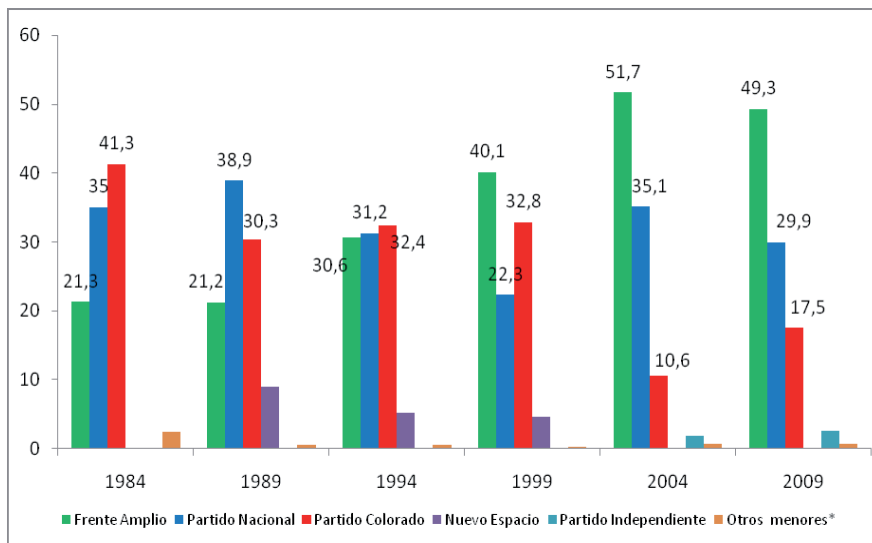
Cuadro 1
Evolución electoral por partido (1984-2009)

	1984	1989	1994	1999	2004	2009
Frente Amplio	21,3	21,2	30,6	40,1	51,7	49,3
Partido Nacional	35	38,9	31,2	22,3	35,1	29,9
Partido Colorado	41,3	30,3	32,4	32,8	10,6	17,5
Nuevo Espacio	-	9	5,2	4,6	-	
Partido Independiente	-	-	-	-	1,9	2,6
Otros menores*	2,4	0,6	0,6	0,2	0,7	0,7

* En 1984 refiere a la Unión Cívica.

Fuente: elaboración en base a Autores Varios (2000) y Buquet (coord.) (2005).

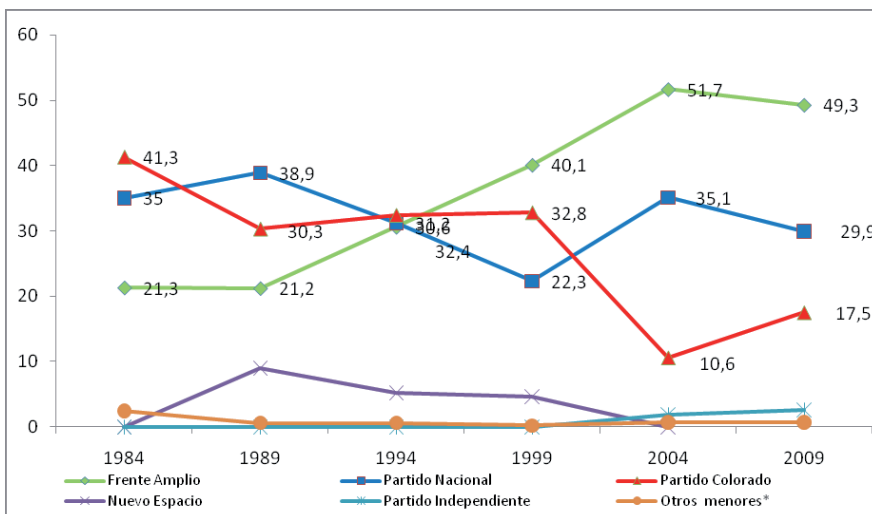
Gráfico 1
Evolución electoral por partido (1984-2009)



*En 1984 refiere a la Unión Cívica.

Fuente: elaboración en base a Autores Varios (2000) y Buquet (coord.) (2005).

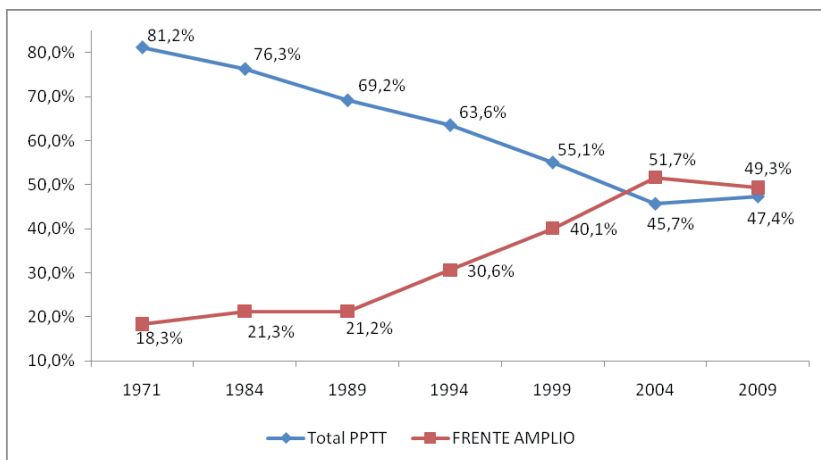
Gráfico 2
Evolución electoral por partido (1984-2009)



*En 1984 refiere a la Unión Cívica, en 1989, 1994 y 2000 refiere principalmente al Nuevo Espacio, en 2005 principalmente al Partido Independiente.

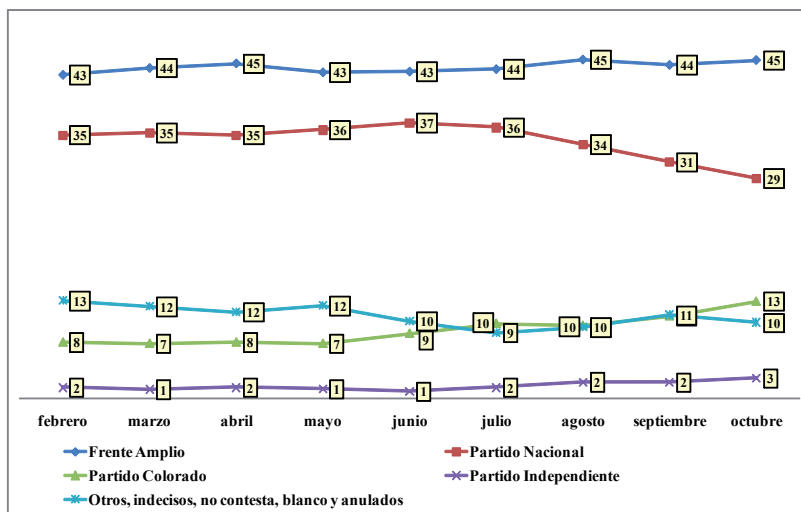
Fuente: elaboración en base a Autores Varios (2000) y Buquet (coord.) (2005).

Gráfico 3
Evolución electoral por grandes bloques: Frente Amplio y
Partidos Tradicionales (1984-2005)



Fuente: elaboración en base a Autores Varios (2000) y Buquet (coord.) (2005).

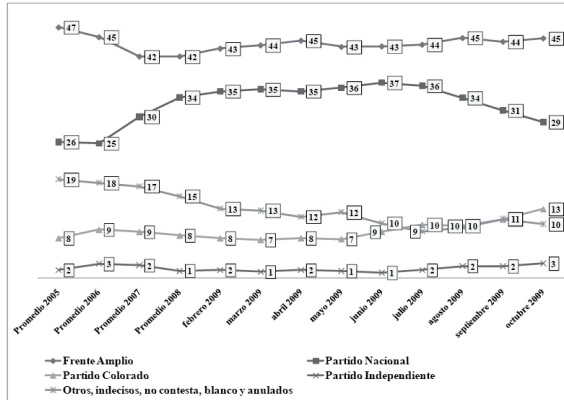
Gráfico 4
Intención de voto por partido en Uruguay entre febrero y octubre de 2009 de
cara a las elecciones nacionales. Promedio simple de los datos publicados por
las empresas Cifra, Equipos, Factum, Interconsult y Radar.



Fuente: elaboración propia en base a los datos recopilados por el Área de Política y Relaciones Internacionales del Banco de Datos de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República: <http://www.fcs.edu.uy/pri/opinion.html>

Gráfico 5

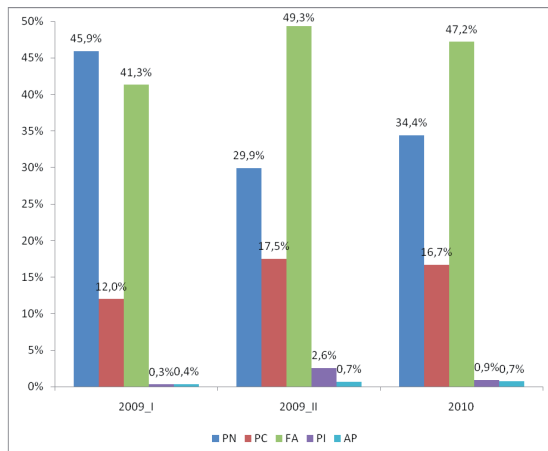
Intención de voto por partido en Uruguay entre 2005 y octubre de 2009. Promedio simple de los datos publicados por las empresas Cifra, Equipos, Factum, Interconsult y Radar.



Fuente: elaboración propia en base a los datos recopilados por el Área de Política y Relaciones Internacionales del Banco de Datos de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República: <http://www.fcs.edu.uy/pri/opinion.html>

Gráfico 6

Evolución electoral del caudal de votos por partido (siempre en %) del ciclo electoral 2009-2010: elecciones internas*, octubre, noviembre y mayo.



* Adviértase que el voto en las elecciones internas no es obligatorio por lo que el electorado que sufragó fue sensiblemente menor al de las demás instancias electorales del ciclo, en las que sí rigió el voto obligatorio. De todas maneras y sin extrapolaciones, el registro de la secuencia adquiere su validez desde nuestras hipótesis de análisis.

Fuente: elaboración del Área Política y Relaciones Internacionales de Banco de Datos de la FCS.

Tabla 1
Elecciones departamentales 2000

Departamento	FA	PC	PN	NE	UC
Montevideo	58,3%	28,1%	11,7%	1,2%	0,7%
Canelones	40,1%	45,6%	13,3%	1,0%	-
Maldonado	34,6%	26,2%	38,4%	0,8%	-
Rocha	16,2%	37,7%	45,6%	0,5%	-
Treinta y Tres	14,1%	28,2%	57,3%	0,4%	-
Cerro Largo	18,9%	12,3%	68,0%	0,8%	-
Rivera	11,6%	47,2%	40,5%	0,7%	-
Artigas	15,4%	58,5%	26,1%	-	-
Salto	20,7%	41,5%	36,1%	1,7%	-
Paysandú	37,3%	18,7%	43,1%	0,9%	-
Río Negro	22,2%	41,5%	34,2%	2,1%	-
Soriano	23,2%	36,6%	39,9%	0,3%	-
Colonia	17,0%	38,0%	42,8%	2,2%	-
San José	20,4%	6,3%	72,5%	0,8%	-
Flores	7,7%	10,8%	80,8%	0,6%	-
Florida	22,2%	37,3%	39,5%	1,0%	-
Durazno	12,3%	33,6%	53,2%	0,9%	-
Lavalleja	12,1%	33,5%	53,6%	0,7%	-
Tacuarembó	14,4%	13,7%	71,4%	0,5%	-
INTERIOR	24,7%	34,1%	41,1%	0,9%	-
Total	39,1%	31,5%	28,0%	1,1%	0,3%

Fuente: elaboración del Área Política y Relaciones Internacionales de Banco de Datos de la FCS.

Tabla 2
Elección departamental 2005

Departamento	FA	PN	PC	PI	PT	Pin	PL	UC
Montevideo	58,5	10,0	25,9	1,5	0,03	0,2	0,02	0
Canelones	61,2	26,5	6,4	0,8	0,03	0	0	0
Maldonado	47,3	45,6	2,9	1,4	0	0	0	0
Rocha	49,4	37,1	9,0	0,0	0	0	0	0
Treinta y Tres	44,7	43,5	8,9	0,0	0	0	0	0
Cerro Largo	33,9	57,6	6,2	0,0	0	0	0	0
Rivera	20,6	26,3	50,0	0,0	0,13	0	0	0
Artigas	35,3	39,8	22,4	0,0	0	0	0	0
Salto	39,1	36,3	21,2	0,6	0	0	0	0
Paysandú	47,4	43,3	6,0	0,7	0	0	0	0
Río Negro	40,2	49,9	6,9	0,0	0	0	0	0
Soriano	34,3	52,1	9,3	0,9	0	0	0	0
Colonia	33,6	55,0	7,8	0,0	0	0	0	0
San José	33,6	59,5	2,8	0,7	0	0	0	0
Flores	17,8	72,9	7,0	0,0	0	0	0	0
Florida	41,5	40,8	14,4	0,0	0	0	0	0
Durazno	30,7	57,6	7,5	1,0	0	0	0	0
Lavalleja	20,3	69,0	6,6	0,8	0	0	0	0
Tacuarembó	21,7	71,4	4,4	0,0	0	0	0	0
Total	48,6	29,9	16,8	0,9	0,02	0,08	0,01	0

Fuente: elaboración del Área Política y Relaciones Internacionales de Banco de Datos de la FCS.

Tabla 3
Elecciones Departamentales 2010

Departamento	F. Amplio	P. Nacional	P. Colorado	P. Independiente	A. Popular
Montevideo	53,3%	22,9%	21,0%	1,5%	1,3%
Canelones	60,6%	26,3%	11,0%	1,3%	0,8%
Maldonado	52,0%	33,1%	13,7%	1,0%	0,2%
Rocha	57,5%	33,0%	8,5%	0,5%	0,6%
Treinta y Tres	42,3%	51,6%	5,5%	0,3%	0,3%
Cerro Largo	38,3%	53,3%	8,2%	0,0%	0,1%
Rivera	22,5%	26,1%	51,1%	0,3%	0,0%
Artigas	47,4%	42,2%	10,0%	0,1%	0,2%
Salto	42,2%	13,0%	43,9%	0,7%	0,1%
Paysandú	44,8%	46,6%	8,1%	0,0%	0,6%
Río Negro	38,8%	44,8%	16,4%	0,0%	0,0%
Soriano	34,4%	58,1%	6,6%	0,6%	0,3%
Colonia	33,2%	55,7%	10,9%	0,0%	0,2%
San José	34,7%	59,9%	4,2%	0,7%	0,5%
Flores	25,0%	63,4%	10,9%	0,7%	0,0%
Florida	44,1%	44,7%	10,9%	0,0%	0,3%
Durazno	27,8%	64,3%	6,8%	0,8%	0,4%
Lavalleja	34,0%	56,1%	9,1%	0,7%	0,1%
Tacuarembó	24,3%	70,3%	5,4%	0,0%	0,0%
Total	47,2%	34,4%	16,7%	0,9%	0,7%

Fuente: elaboración del Área Política y Relaciones Internacionales de Banco de Datos de la FCS.

Referencias

1. Como señalan muchos autores, más allá de sus notorias diferencias, los países latinoamericanos y en particular los de América del Sur, han coincidido en las últimas décadas en formatos de “democracia electoral”. Dentro del mismo, las elecciones –cuya frecuencia ha aumentado significativamente en varios países– mantienen un rol muy decisivo en tanto instancias de arbitraje y de elección de gobiernos, pero con la simultaneidad de instituciones y partidos políticos debilitados. La diferencia en el caso uruguayo es que este último rasgo no se da y que, como se verá más adelante, la ciudadanía cambia pero manteniendo su adhesión general a los valores clásicos de la democracia representativa.
2. Cfr. los cuadros y gráficos correspondientes.
3. Esto último recibió una nueva confirmación con lo sucedido en octubre de 2009, en relación con el fracaso de los plebiscitos por la anulación de la Ley de Caducidad y por el voto de los uruguayos residentes en el exterior, celebrados en forma simultánea con la primera vuelta presidencial y las elecciones legislativas de octubre de 2009.
4. De manera particular expresan estos cambios el ascenso de la figura de Mujica, dentro del FA y como una de las figuras más populares de la política uruguaya en los últimos 15 años, así como el muy vertiginoso encumbramiento de Pedro Bordaberry, como Secretario General del P. Colorado a partir de una militancia política efectiva de poco más de un lustro.
5. Como han estudiado varios autores, en particular Jorge Lanzaro, el formato presidencialista uruguayo es claramente más atenuado que el de la media de los regímenes latinoamericanos. Otra prueba de esa singularidad radica, por ejemplo, en que pese a distintas insinuaciones, en el país luego de la dictadura no se han dado ejemplos de concreción de la “fiebre reeleccionista” tan típica en otros países latinoamericanos.
6. Así definió el ex presidente Julio María Sanguinetti la controversia entre Mujica y Lacalle en el balotaje, en un editorial escrito para el diario argentino *La Nación* en noviembre de 2009: *“De un lado, está un ex presidente, de familia patricia con dos siglos de vida política, mediano propietario rural, hombre cultivado en letras y con experiencia en política; del otro, un ex guerrillero del Movimiento Tupamaro, “con pinta de verdulero”, como ha dicho él, mal vestido y peor hablado, que ha conquistado en los últimos años una arrolladora popularidad sobre la base de un lenguaje vulgar, en el que mezcla chascarrillos y sentencias criollas con palabrotas que pretenden ser el paradigma de la franqueza. (...) ¿Qué nos ofrece (...) el senador Mujica? Un gobierno folklórico, poco apegado a normas y códigos democráticos, imprevisible, amigote de la pachanga populista bolivariana, capaz de tomar para cualquier lado menos para la racionalidad modernizadora”*. Cfr. *La Nación*, Buenos Aires, 6 de noviembre de 2009, “Las elecciones en Uruguay. El caballero y el guerrillero”.
7. Por ejemplo, tal vez todavía es demasiado pronto para calibrar la hondura efectiva de la disputa por el liderazgo de la izquierda entre Vázquez y Mujica. De todos modos, parece cada vez más plausible la hipótesis que refiere al hecho que ese conflicto (ya insinuado con anterioridad pero que detonó en clave pública durante el 2008) estuvo entre los principales fundamentos de la opción del primero en apoyo a la candidatura presidencial de Astori.
8. Con relación a Mujica pero también con respecto a Bordaberry, resulta pertinente preguntarse cuánto de restaurador o innovador, de arcaico o moderno, han tenido y tienen sus perfiles de liderazgo proyectados durante el ciclo electoral.
9. La autoconvocatoria inorgánica de un grupo de frenteampistas a manifestar en la rambla de Montevideo durante la campaña electoral, el llamado “ramblazo” que las autoridades de la orgánica frenteampista pretendieron enfrentar advirtiendo sobre que podía constituir una “provocación”, constituye un buen ejemplo a este respecto. La manifestación fue un gran éxito y a la misma terminó concurriendo el propio Mujica.
10. El muy fuerte porcentaje de votos en blanco en las elecciones departamentales de mayo de 2010, sobre todo en Montevideo pero también en Canelones, han sido interpretados en esta dirección.
11. En especial, el voto de electorado blanco al P. Colorado en Salto y de colorados al P. Nacional en Paysandú en las elecciones departamentales de mayo configura un ejemplo en esta dirección. Más de un analista ha señalado que en ambos casos, los electores hicieron en las urnas lo que no se animaron a

hacer los dirigentes departamentales de dichos partidos. Otro tanto podría haber ocurrido en la elección de varios municipios en Canelones.

12. Una de las mediciones completas sobre este particular perteneció a la empresa *Cifra* del politólogo Luis Eduardo González. En dicha encuesta de agosto de 2009 se mantenían las tendencias alcistas de los últimos sondeos: la aprobación de la gestión presidencial llegaba a un 56%, teniendo sólo un 22% de desaprobación, mientras que la popularidad de Vázquez alcanzaba un 57%, con sólo un 23% de antipatía. Cfr. *La República*, Montevideo, 14 de agosto de 2008, p. 8. (“*Director de Cifra y la popularidad presidencial. “En el Uruguay nunca vi algo igual”: Vázquez con 57%*”).

13. En esta encuesta de la empresa *Cifra* a la que se hacía referencia, el estudio otorgaba un 42% de intención de voto al Frente Amplio, lo que configuraba un 14% menos que el nivel de aprobación de la gestión presidencial y un 15% menos con relación a su popularidad personal. En su comentario González lo explicaba con sencillez y contundencia: “*Una cosa es el Presidente y otra la fuerza política*”. Cfr. *Ibidem*.

14. Un buen ejemplo a este respecto lo constituyó el caso de las elecciones presidenciales de 1994, en las que ganó Sanguinetti y el P. Colorado por mínimo margen, luego de haber iniciado la campaña con un amplio margen de ventaja en el sondeo de intención de voto partidario medido por todas las encuestadoras.

15. El propio Mujica lo señaló de manera enfática en su discurso de asunción presidencial del 1° de marzo: “... *este gobierno que empieza, no lo ganamos, sino que lo heredamos*”.

16. Ese escenario se dio parcialmente en Chile con el triunfo de Sebastián Piñera sobre el candidato concertacionista, Eduardo Frei, en momentos en que la presidenta Bachelet ostentaba una altísima popularidad.

17. Ver gráficos 4, 5 y 6.

18. Cfr. Corporación Latinobarómetro, “*Informe 2008*”, Santiago de Chile, noviembre de 2008, banco de datos en línea: www.latinobarometro.org.

19. En el Informe 2009 del Latinobarómetro se reconocen los problemas teóricos que las ciencias sociales siempre han tenido para una definición consensuada de democracia. A partir de este reconocimiento y de sus fuertes implicaciones en las distintas mediciones, se señala que “*los ciudadanos de los países gobernados por la izquierda califican mejor esa democracia (medida en una autoidentificación en una escala de 1 a 10) que los ciudadanos no gobernados por la izquierda*”. Ante este registro, los autores del Informe conclúan: “*Si lo que cada cual está comprendiendo por democracia está contaminado por la ideología y depende de la orientación del gobernante, entonces no es el funcionamiento de las instituciones lo que cuenta, ni los procedimientos o las normas, sino más bien la posición de los gobernantes*”. Cfr. *Ibidem*, p. 16.

20. Es el único país de la región en que casi la mitad de la población “*piensa que el país es totalmente democrático*”.

21. En relación con la pregunta acerca de si “*los hombres son mejores líderes políticos que las mujeres*”, en el Informe se enfatiza de manera explícita que “*el país donde hay menor grado de acuerdo con esta afirmación es Uruguay. (19%) el país más democrático de la región*”. Cfr. *ibidem*, p. 49. Sin embargo, un reciente estudio específico sobre este tema controvierte fuertemente esta visión en relación con la participación de la mujer en la política uruguaya contemporánea. Cfr. JOHNSON y PÉREZ (2010).

22. El Uruguay ocupa el segundo lugar después de Costa Rica en la ratificación de la idea de “*bajo ninguna circunstancia apoyaría a un gobierno militar*”, el segundo lugar después de Venezuela en cuanto a los niveles de apoyo “*explícito*” o “*por descarte-implícito*” a la democracia como régimen, el segundo lugar después de República Dominicana en elegir democracia sobre la hipótesis de “*desarrollo económico sin democracia*”, el segundo lugar después de Venezuela en aceptar la postulación sobre que “*en una democracia en general el sistema económico funciona bien*”, el segundo lugar luego de Bolivia en convenir en que “*la democracia garantiza la justa distribución de la riqueza*”, el tercer lugar luego de República Dominicana y Guatemala en las mediciones de confianza interpersonal, entre otras referencias similares. Como dato singular, en las mediciones en torno a la opinión pública sobre las capacidades estatales, contra lo que podría pensarse, los uruguayos se muestran por debajo de la media latinoamericana en la visión optimista sobre que “*el Estado puede resolver todos los problemas*”.

23. En esa dirección pueden ubicarse varias iniciativas que han sido distintivas de los primeros meses de su gobierno: su rol protagónico en el manejo del conflicto con Argentina, sus propuestas dirigidas a los militares para su reubicación ante la sociedad, sus planteos en torno a los funcionarios públicos y la reforma del Estado, sus señales de austeridad radical en el manejo del gasto público, sus ideas acerca de la conmemoración del “Nunca Más” el 19 de junio, entre otras.

Bibliografía

W. ANSALDI (director) (2007), *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

D. BUQUET (coord.) (2005), *Las claves del cambio. Ciclo electoral y nuevo gobierno 2004-2005*, Montevideo, EBO-ICP.

G. CAETANO (2005), “Desde la transición democrática hasta el triunfo de la izquierda (1985-2005)”, en CAETANO (comp.), *20 años de democracia. Uruguay 1985-2005. Visiones múltiples*, Montevideo, Taurus.

————— (2007a), “Del triunfo electoral a los desafíos del gobierno. El primer tramo del gobierno del Frente Amplio (2004-2006)”, en I. CHERESKY (comp.), *Elecciones presidenciales y giro político en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Manantial.

————— (2007b), “Distancias críticas entre ciudadanía e instituciones. Desafíos y transformaciones en las democracias de la América Latina contemporánea”, en W. ANSALDI (director), *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

————— (2008a), “El cambio en la fragmentación. América Latina y su panorama político: una visión global”, en J. RODRÍGUEZ ELIZONDO y H. CASANUEVA (editores), *¿Qué pasa en América Latina? Realidad política y económica de nuestra región*, Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello.

————— (2008b), “Los partidos políticos y la encrucijada de 2009”, en *Encrucijada 2009. Gobierno, actores y políticos en el Uruguay 2007-2008*, Montevideo, ICP-Fin de Siglo.

————— (2009), “¿Vino nuevo en odre viejo? El “test” de las elecciones de 2009 para la política uruguaya”, en *Informe de Coyuntura Política 2009*, Montevideo, ICP-Fin de Siglo.

————— (2010), *La crisis mundial y sus impactos políticos en América del Sur*, Montevideo, CEFIR-Trilce.

Corporación Latinobarómetro (2008), “Informe 2008”, Santiago de Chile, noviembre de 2008, Banco de datos en línea: www.latinobarometro.org.

Corporación Latinobarómetro (2009), “Informe 2009”. Santiago de Chile, diciembre de 2009, Banco de datos en línea: www.latinobarometro.org.

D. CHASQUETTI (2008), *Democracia, presidencialismo y partidos políticos en América Latina: evaluando la difícil combinación*, Montevideo, Cauce-ICP.

I. CHERESKY (comp.) (2006), *Ciudadanía, sociedad civil y participación política*. Buenos Aires, Miño y Dávila editores.

————— (comp.) (2007), *Elecciones presidenciales y giro político en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Manantial.

————— (2008), *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*, Buenos Aires, CLACSO-Manantial.

G. DE ARMAS (2009), “Debilitamiento del efecto demográfico y consolidación de un nuevo sistema de partidos: evidencia de las elecciones 2009 en Uruguay”, en *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, N° 18, Montevideo, Ediciones Cauce-ICP.

G. DELAMATA (coord.) (2009), *Movilizaciones sociales: ¿nuevas ciudadanías? Reclamos, derechos, Estado en Argentina, Bolivia y Brasil*, Buenos Aires, Biblos.

L. E. GONZALEZ y R. QUEIROLO (2000), *Las elecciones nacionales del 2004: posibles escenarios*, Montevideo, EBO-ICP.

N. JOHNSON (2005), *Las elecciones uruguayas (2004-2005). Las mujeres y la equidad de género. La política de la ausencia*, Montevideo, CNS-ICP, (con la colaboración de Pérez, Verónica).

N. JOHNSON y V. PEREZ (2010), *Representación (s)electiva. Una mirada feminista a la campaña electoral de 2009*, Montevideo, ICP-Cotidiano Mujer-Unifem.

- J. LANZARO (2001), *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.
- (coord.) (2004), *La izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno*, Montevideo, Fin de Siglo-ICP.
- C. MOREIRA (2009), *Entre la protesta y el compromiso. La izquierda en el gobierno*, Montevideo, Trilce.
- E. LOPEZ y S. MAINWARING (coord.) (2000), *Democracia: discusiones y nuevas aproximaciones*, Buenos Aires, UNQ.
- G. O'DONNELL (2007), *Disonancias. Críticas democráticas a la democracia*, Buenos Aires, Prometeo.
- J. RODRIGUEZ ELIZONDO y H. CASANUEVA (editores) (2008), *¿Qué pasa en América Latina? Realidad política y económica de nuestra región*, Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello.
- P. ROSANVALLON (2007), *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Buenos Aires, Manantial.
- S. ROTKER (edit.) (2000), *Ciudadanía del miedo*, Caracas, Rutgers-Nueva Sociedad.
- VARIOS (2009), *El giro republicano. Bases conceptuales del déficit democrático de América Latina*, Montevideo, CMIP-Trilce.
- (2007), *La hora de las reformas. Gobierno, actores y políticas en el Uruguay (2006-2007)*, Montevideo, ICP-EBO.
- (2008), *Encrucijada 2009. Gobierno, actores y políticos en el Uruguay (2007-2008)*, Montevideo, ICP-Fin de Siglo.
- (2009), *Informe de Coyuntura Política 2009. Encrucijada 2010. La política uruguaya puesta a prueba*, Montevideo, ICP-Fin de Siglo.

Recibido: 15/10/10. Aceptado: 20/12/10.

Gerardo Caetano, "Ciudadanía y elecciones en el Uruguay contemporáneo (2009-2010)". Revista *Temas y Debates*. ISSN 1666-0714, año 15, número 21, agosto 2011, pp 11-41.